



Vie
7
Nov
2014

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Todos los Santos de la Orden de Predicadores (7 de Noviembre)

“Los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 17 – 4,1

Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros.

Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas.

Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.

Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Salmo

Sal 121, 1bc-2. 3-4ab 4cd-5 R/. Vamos alegres a la casa del Señor

¡Qué alegría cuando me dijeron:

«Vamos a la casa del Señor»!

Ya están pisando nuestros pies

tus umbrales, Jerusalén. R/.

Jerusalén está fundada

como ciudad bien compacta.

Allá suben las tribus,

las tribus del Señor. R/.

Según la costumbre de Israel,

a celebrar el nombre del Señor;

en ella están los tribunales de justicia,

en el palacio de David. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 1-8

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes.

Entonces lo llamó y le dijo:

“¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”.

El administrador se puso a decir para sí:

“¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”.

Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero:

“¿Cuánto debes a mi amo?”.

Este respondió:

“Cien barriles de aceite».

Él le dijo:

«Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”. Luego dijo a otro:

“Y tú, ¿cuánto debes?”.

Él dijo:
"Cien fanegas de trigo".

Le dice:
"Toma tu recibo y escribe ochenta".

Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz».

Reflexión del Evangelio de hoy

Pablo, otra vez, usa fórmulas que nosotros no nos atreveríamos a emplear. Pero, lo hace sin orgullo y sin vanidad, sólo con la sinceridad que le caracteriza. Pide que se siga su ejemplo y que seamos imitadores suyos. Él puede decirlo, porque es coherente; nosotros lo tenemos más difícil, porque no siempre lo somos.

San Lucas nos narra hoy la parábola de un juez injusto, hoy lo llamaríamos corrupto. Lo que en principio parece más extraño es que Jesús da la impresión de que lo alaba. Digo en principio, porque de tal forma está en contra de su conducta que es despedido de su trabajo. Lo que Jesús alaba es su sagacidad, su astucia para saber buscarse la vida una vez caído en desgracia.

Sagaces. No injustos.

Si fuera Jesús el que nos hablara hoy, probablemente nos remitiera a alguna página del periódico, de cualquier periódico; a una emisora de radio, a cualquier emisora; o a las noticias de la televisión. Y nos diría algo así: "Ya veis la conducta de los hijos de las tinieblas; ya veis cómo hacen trampas, cómo roban, cómo engañan, cómo traicionan, cómo mienten y cómo intentan salir de todos los apuros airoso, con honor. ¿Y vosotros? ¿Vosotros, los seguidores de mis actitudes? ¿Vosotros, que decís vivir los valores evangélicos? ¿Vosotros, los hijos de la luz? ¿Usáis la misma sagacidad para hacer el bien, para ayudar a los demás, para vivir en el mundo sin contaminaros con el mal, sino dando testimonio de mí y de mi Evangelio?"

Jesús se queja de que los hijos de la luz sean -seamos- mucho menos avisados en sus asuntos espirituales que los hijos de este mundo en el manejo de sus asuntos temporales. No es que nos aconseje que seamos tan poco honrados como ellos, sino que imitemos su habilidad. Con este objeto nos refiere la parábola de aquel hombre listo que supo utilizar unos recursos que no le pertenecían para asegurarse amigos cuando vinieran los días malos. Y opone a ello nuestra falta de inteligencia y de audacia para utilizar del mismo modo las riquezas que nos pertenecen provisionalmente, a pesar de que sabemos que, espiritualmente hablando, lo nuestro sólo depende de una cosa: hacernos con amigos que nos acojan en las moradas eternas.

Y, por sagaces, cautos.

No sólo por estas advertencias de Jesús, sino por el momento puntual que nos toca vivir, necesitamos ser cautos. El administrador de la parábola era "injusto", pero el dinero que manejaba, no. El dinero es algo que necesitamos todos para vivir. Y no es ni malo ni bueno, somos nosotros, por el uso que hacemos de él, los que nos convertimos en buenos o malos. A pesar de todo, hablamos de dinero justo e injusto. Así, dinero injusto era el del administrador, conseguido con trampas; e injusto es el dinero ganado en el desempeño de una profesión no suficientemente bien atendida, sin trabajar a conciencia o haciéndolo con prepotencia y sin amabilidad. Pero también hablamos de dinero justo, y de personas adineradas muy honradas, y de pobres que no lo son tanto.

Y necesitamos ser más cautos todavía al hablar hoy en público sobre este párrafo evangélico, para respetar y no herir a los pobres, a los que carecen del dinero necesario para llevar una vida digna. Porque la crisis que hoy padecemos no es la misma, aunque se llame igual, para unos y para otros. Los pobres no suelen perder el sueño por los problemas bursátiles, sino por el estómago vacío, el suyo y el de sus seres queridos. Por eso, seamos cuidadosos, no presentemos un Evangelio " encuadernado en pieles " o " con canto dorado ", sino el de Jesús, universal, pero muy escorado hacia los pobres y desvalidos. Que así nos vean a nosotros porque así vivimos y nos presentamos y así les mostramos las palabras de Jesús.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Todos los Santos de la Orden de Predicadores

En la fiesta de hoy, instituida por el papa Clemente X en 1647, recordamos con amor "a los miembros de la Familia Dominicana que nos han precedido, dándonos ejemplo con su vida, compañía con su amistad y ayuda con su intercesión" para que "nos sintamos animados a imitarlos y se afirme el espíritu de nuestra vocación (LCO 16; 67; LCM 16; 92).

Os ofrecemos una de las lecturas del Oficio de la Orden de Predicadores:

De una Carta del beato Benedicto XI, papa, a sus hermanos de la Orden reunidos en capítulo general en Tolosa
(Roma, 10 de marzo de 1304: BOP 11, Romae 1730, pp. 93.94)

Los sarmientos de Cristo iluminan a todos con los testimonios evangélicos

La inefable providencia del Creador para exaltar la gloria de su nombre y procurar la salvación de los fieles en los últimos tiempos hizo brotar en el jardín delicioso de la Iglesia entre sus hermosas y fecundas plantas la preclara Orden de los Predicadores como árbol de vida que, regado con la bendición de la lluvia celestial, desde sus primeros momentos ha crecido maravillosamente. Por obra de la gracia divina este árbol se ha elevado hacia lo alto y se ha extendido a lo largo y ancho de tal modo que con su altura llegó hasta los cielos y con sus ramas llegó hasta los confines del orbe terrestre.

Como excelentes sarmientos unidos a la vid que es Cristo, son aquellos frailes de la Orden de santo Domingo, que libres de las superfluidades terrenas y prendidos del peso de las riquezas, se negaron saludablemente a sí mismos y abrazados a la pobreza y profesando la vida regular, llevaron hermosas flores de honor y vida santa y frutos copiosos al banquete del Rey celestial.

Estos son de modo tan excelente ministros elegidos de Cristo, resplandecientes por su ejemplar vida religiosa y esclarecidos por su santidad de vida, que se debe reconocer fueron puestos por la sabiduría divina como luz de las naciones y como astros en el firmamento de la Iglesia, o como lámparas encendidas en la casa de Dios, que iluminan a todos con las enseñanzas evangélicas e indican con sus rayos a los hombres el camino de la vida.

Estos son insignes guerreros que luchando con el escudo de la fe, con la espada del espíritu y con las armas de la justicia, (Ef 6, 17) se han esforzado en conseguir que se acrecienten las virtudes en todos los católicos, se manifieste el camino de la salvación a los pecadores y sea destruida la locura de la deformidad herética.

Considerad por tanto, carísimos, y recapacitad atentamente sobre estos solidísimos fundamentos de nuestra Orden, en estos guías insignes, valerosos soldados e infatigables luchadores, de modo especial en muchos de ellos que están en la patria celestial y que han sido ya incluidos solemnemente en el número de los santos y son ya comensales de la mesa celeste y ciudadanos seguros de la patria eterna. Por ello, como hijos suyos auténticos, debéis ser sus fieles imitadores y caminar tras las seguras huellas que os han dejado tan ilustres y tan firmes ejemplos de una vida ordenada y religiosa. Debéis también conservar inmaculada esta Orden, que tiene en sí misma el ornato de una perfecta belleza, pues por la generosidad de Dios y de la Sede Apostólica ha sido enriquecida de tantas gracias, ensalzada con tantos dones y reafirmada con tantos privilegios.

Pero dado que las tendencias del hombre son propensas al mal, procurad con todo empeño fomentar en vosotros el fervor de la religión, el celo por la justicia y la rectitud del juicio para que se mantenga vigorosa la disciplina de la corrección que desarraigue los vicios.

Procurad que en vuestras costumbres resplandezca la humildad hermosa, aumente la devoción piadosa, agrade la obediencia santa y persevere paciencia verdadera. Sed unánimes en el obrar concordados en la caridad, tranquilos en la paz, y haced con gran orden todo lo que exige la vida regular, estando en orden con Dios y con los hombres, de modo que estéis a salvo de todo mal espiritual y defendidos del astuto enemigo que ataca especialmente en la inactividad del ocio. Estad dedicados siempre al estudio de la sagrada doctrina, por la que conseguís tan gran mérito y honor; atended a la predicación frecuente y a oír confesiones y ya que habéis sido destinados especialmente a esa misión, dedicaos a ella con diligencia y gran solicitud. Así pues, ocupad vuestra vida en todo lo dicho y en otras cosas honestas o lícitas para que lo ilícito no pueda tener lugar en vosotros; vivid anclados totalmente en el autor de vuestra salvación, (Hb 2, 10) de vuestra esperanza y de vuestro consuelo. En fin, mostrad a los preladados de vuestras iglesias tan grande reverencia y honor que podáis obtener con razón su favor y benevolencia.

De esta forma podréis ser de provecho para vosotros mismos mediante los méritos de vuestra vida y para los demás mediante el ejemplo. Así, esparciendo con trabajo vuestra semilla, llevaréis con alegría densas gavillas a la era celestial; de este modo conseguiréis para vosotros y para los demás el premio debido a la santidad, la gloria de la claridad eterna.